



23
COSAS
QUE NO
TE CUENTAN
SOBRE EL
CAPITALISMO
HA-JOON CHANG

DEBATE

23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo

Ha-Joon Chang

23 cosas que no
te cuentan sobre
el capitalismo

HA-JOON CHANG

Traducción de
Jofre Homedes Beutnagel

23 cosas que no te cuentan sobre elHa-Joon
capitalismo Chang

Para Hee-Jeong, Yuna y Jin-Gyu

Siete lecturas de
23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo

Primera lectura. *Si ni siquiera tienes claro qué es el capitalismo, lee:*

Capítulos 1, 2, 5, 8, 13, 16, 19, 20 y 22.

Segunda lectura. *Si la política te parece una pérdida de tiempo, lee:*

Capítulos 1, 5, 7, 12, 16, 18, 19, 21 y 23.

Tercera lectura. *Si te gustaría saber por qué no ves que aumente tu nivel de vida mientras progresan sin parar los ingresos y la tecnología, lee:*

Capítulos 2, 4, 6, 8, 9, 10, 17, 18 y 22.

Cuarta lectura. *Si crees que si alguien es más rico que los otros es porque tiene más talento, está mejor formado y tiene más iniciativa, lee:*

Capítulos 3, 10, 13, 14, 15, 16, 17, 20 y 21.

Quinta lectura. *Si quieres saber por qué son pobres los países pobres y cómo pueden ser más ricos, lee:*

Capítulos 3, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 15, 17 y 23.

Sexta lectura. *Si el mundo te parece injusto, pero no ves*

23 cosas que no te cuentan sobre elHa-Joon
capitalismo Chang

que se pueda hacer gran cosa, lee:

Capítulos 1, 2, 3, 4, 5, 11, 13, 14, 15, 20 y 21.

Séptima lectura. *Léelo todo en el siguiente orden...*

Agradecimientos

A escribir este libro me ha ayudado mucha gente. Ivan Mulcahy, mi agente literario, tan decisivo para la existencia de mi libro anterior (*Bad Samaritans*, centrado en los países en vías de desarrollo), me animó constantemente a escribir otro de interés más general. Aparte de sus valiosos consejos estilísticos, Peter Ginna, mi editor en Bloomsbury USA, fue determinante para el tono del libro al encontrar el título mientras yo estaba en la fase de conceptualización. William Goodlad, mi editor en Allen Lane, tomó a su cargo la labor de corrección, y le ha salido todo estupendamente bien.

Mucha gente ha leído capítulos del libro y me ha hecho comentarios útiles. Duncan Green se los leyó todos y me dio consejos muy provechosos, tanto sobre el contenido como sobre el estilo. Geoff Harcourt y Deepak Nayyar se leyeron muchos, y me dieron consejos sagaces. Dirk Bezeemer, Chris Cramer, Shailaja Fennell, Patrick Imam, Deborah Johnston, Amy Klatzkin, Barry Lynn, Kenia Parsons y Bob Rowthorn leyeron algunos capítulos, y me hicieron comentarios valiosos.

Sin la asistencia y el talento de mis ayudantes de investigación no podría haber dispuesto de todos los datos en los que se basa el libro. Gracias, por orden alfabético, a Bhargav Adhvaryu, Hassan Akram, Antonio Andreoni, Yurendra Basnett, Muhammad Irfan, Veerayooth Kanchoochat y Francesca Reinhardt por su ayuda.

También deseo agradecer a Seung-il Jeong y Buhm Lee

una serie de datos de difícil acceso.

Por último, pero no en importancia, doy las gracias a mi familia, sin cuyo respaldo y amor no habría podido terminar el libro. Hee-Jeong, mi mujer, no solo me prestó un gran apoyo afectivo durante su redacción, sino que leyó todos los capítulos y me ayudó a formular mis argumentos con más coherencia y espíritu didáctico. Al plantearle algunas ideas a mi hija Yuna, me complació muchísimo la madurez intelectual con la que reaccionó, sorprendente en una chica de catorce años. Mi hijo Jin-Gyu me dio algunas ideas muy interesantes, así como mucho apoyo moral para el libro. A ellos tres se lo dedico.

Prólogo a la presente edición

El drama de la crisis económica de la eurozona, en el que le ha correspondido a España uno de los papeles principales, se arrastra (en el momento en el que escribo esto, octubre de 2011) desde hace casi dos años.

A menudo se presenta esta crisis como una «crisis fiscal» causada por países «irresponsables» (sobre todo «del sur») que han gastado por encima de sus posibilidades, sobre todo en cosas «improductivas» como las prestaciones sociales. La supuesta solución a la crisis se deduce con toda naturalidad del diagnóstico: hay que castigar a los países periféricos «irresponsables», como Grecia, España e Irlanda, por sus errores morales, y hacer que carguen con todo el peso de los ajustes.

Se trata de un diagnóstico falaz, cuyas supuestas soluciones, además, están llevando a Europa, y al resto de la economía mundial, a una etapa de estancamiento prolongado, cuando no a un desplome dramático.

Para empezar, la eurozona en su conjunto no sufre ninguna crisis fiscal. El déficit presupuestario de la eurozona solo es de en torno al 6 por ciento de su PIB, frente al 10-11 por ciento de Estados Unidos y Gran Bretaña. A déficits mucho más altos han sobrevivido las economías.

En segundo lugar, es muy injusto tachar de fiscalmente irresponsables a los países periféricos de la eurozona. Puede que Grecia ya tuviera un déficit fiscal relativamente alto antes del estallido de la crisis actual (aunque sus causas de-

ban buscarse en la evasión fiscal, más que en un gasto social excesivo), pero países como España e Irlanda presentaban superávits fiscales equivalentes al 2-3 por ciento de su PIB, y en Italia y Portugal los déficits fiscales se movían entre el 1,5 por ciento y el 4 por ciento del PIB, algo del todo razonable. Si países como España han acabado con un déficit tan alto es más que nada porque la recesión fruto de la crisis financiera ha reducido enormemente los ingresos fiscales, y porque han tenido que gastar dinero público en el rescate de entidades financieras en quiebra.

Aun así, los líderes de los países con mayor fortaleza fiscal de la eurozona, jaleados por el *lobby* financiero, basaron su gestión inicial de la crisis en la idea de que había que hacer pagar por sus pecados a los países «irresponsables». Ha bastado poco más de un año de vapuleos económicos constantes para que acepten que la situación no se resolverá si una parte del peso no recae sobre los prestamistas, en forma de una reestructuración de la deuda. En el momento en el que escribo esto, se ha acabado aceptando que los titulares de bonos del gobierno griego deberán resignarse a una quita muy notable (en torno al 50 por ciento).

Se agradece este reconocimiento de que, como dicen en Argentina, «el tango se baila de a dos»: si hay un prestatario «irresponsable», tiene que haber habido un prestamista «irresponsable», y por lo tanto es necesario repartir el peso de los ajustes. Puede que a algunos les resulte chocante esta propuesta, pero bien pensado es lo que hacemos siempre con las empresas, aplicando el derecho consursal que concede a las que tienen problemas un período de protección de sus acreedores y de reducción de sus deudas, para

que tengan la oportunidad de una recuperación sostenida; y es también lo que necesitamos para que los países periféricos de la eurozona, como España, puedan emprender el mismo proceso de recuperación sostenible. Es más: habría que extenderlo a todos los préstamos internacionales, mediante el establecimiento de un derecho de quiebra para los países.

En realidad, por muy peliaguda que parezca, la llamada «crisis de la eurozona» es el menor de los problemas que aquejan al mundo actual, y se puede resolver perfectamente a corto plazo con una reestructuración de la deuda, aunque la sostenibilidad del euro a largo plazo exigirá medidas para las que es necesario un grado de integración económica muy superior al que aceptan ahora mismo sus países miembros, empezando por una mayor integración fiscal (expansión del presupuesto central y más transferencias entre países, respaldadas por los llamados «eurobonos») y por la conversión del Banco Central Europeo en un banco central «de verdad», que desempeñe la función de «última ventanilla» para el conjunto de Europa, sin condiciones.

El auténtico problema, mucho mayor que la llamada «crisis fiscal de la eurozona», es que no se ha resuelto ninguna de las causas principales de la crisis: cuentas lastradas por activos tóxicos, caída del mercado de la vivienda y endeudamiento excesivo de los particulares y de las empresas.

Por si fuera poco, las presiones incesantes del sector financiero han atascado y aguado las reformas necesarias para corregir el sistema financiero, cuya disfuncionalidad, a fin de cuentas, está en la base de la crisis actual. En gran medida, siguen sin regularse los productos financieros demasiado complejos; las tres grandes agencias de calificación

mantienen su dominio, pese a haberse desenmascarado su incompetencia y su cinismo, y la separación entre la banca de inversión y la banca comercial se establece con una lentitud exasperante (si es que se establece). Se elevan los requisitos de capital para los bancos, pero no con la intensidad ni la rapidez necesarias. Se ha hecho poco por cambiar la estructura perversa de los incentivos del sector financiero, que fomentó la asunción de riesgos excesivos. Sin estas reformas no llegaremos sanos y salvos a la otra orilla de esta crisis, ni, por supuesto, evitaremos otras similares en el futuro.

Lo que más miedo da es que, en caso de otro grave bajón, los gobiernos podrán hacer muy poco para paliar sus efectos, cosa que sí hicieron en el otoño de 2008, justo después del estallido de la crisis. Mucho más no se pueden bajar los tipos de interés, que ya están casi a cero; la mayoría de los gobiernos no pueden o no quieren fomentar la demanda con gastos deficitarios, y proseguir con la nacionalización de las compañías financieras e industriales que están en la cuerda floja topará con una gran resistencia política.

Con una demanda ya de por sí débil y aún más debilitada por los recortes en el gasto público, el paro sigue siendo muy alto en muchos países, liga que en el mundo rico encabeza, por desgracia, España. La trinidad de paro galopante, salarios estancados y recortes en el gasto social, sumada al cierre del grifo de los créditos al consumo y a los precios disparados del petróleo y de los alimentos, están poniendo a prueba el nivel de vida de muchas personas como no se había visto en varias décadas. Al mismo tiempo, en aras de la protección de los creadores de riqueza, se ha

tratado con guante de seda al sector financiero, castigando muy poco sus fechorías, saneando sus cuentas con dinero público e inyectando liquidez a mansalva mediante la «flexibilización cuantitativa». Los bonos han recuperado los niveles de antes de la crisis, y algunos banqueros declaran, triunfantes, que «ha pasado la hora de los remordimientos».

Lo trágico es que muchos de los que más sufren a causa de estas políticas de libre mercado las apoyan, porque se han convencido de que el adelgazamiento del gobierno, el rigor fiscal, la libertad de empresa y la autoayuda son las bases de una economía dinámica y de una sociedad decente. La ideología de libre mercado que ha impregnado nuestras sociedades en las últimas tres décadas es tan poderosa que la gente vota a los políticos que les perjudican, y en muchos casos elige a dirigentes aún más entregados a la ideología de libre mercado que los que mandaban antes de la crisis, como es probable que suceda en España en las próximas elecciones.

Por eso es cada vez más urgente explicar lo que sucede de verdad en la economía, y cómo podemos cambiarlo. La gente se tiene que dar cuenta de que el orden de libre mercado no tenía nada de «natural», de que la crisis financiera de 2008 se podría haber evitado y de que hay alternativas a lo que ha estado ocurriendo a partir de la crisis con los puestos de trabajo y el nivel de vida. Debe tomar conciencia de estas realidades y ejercer de forma más activa su ciudadanía económica, exigiendo que nuestros dirigentes políticos hagan «lo que hay que hacer».

Este libro se escribió al principio de la crisis, con la esperanza de contribuir a que la gente se dé cuenta de lo que

ha pasado en las últimas tres décadas en nuestras vidas económicas, y entienda qué hay que hacer para salir de la crisis y evitar que se repita en el futuro. En ese sentido, los últimos hechos han acentuado aún más su pertinencia y su urgencia.

*Octubre de 2011
Cambridge, Inglaterra*

Introducción

La economía mundial está por los suelos. Pese a los estímulos fiscales y monetarios sin precedentes con que se ha impedido que la debacle de 2008 se convirtiera en un desplome absoluto de la economía mundial, el crac de 2008 sigue siendo la segunda mayor crisis económica de la historia después de la Gran Depresión. En el momento en que escribo esto (marzo de 2010) no hay garantías de que se produzca una recuperación sostenida, aunque algunas voces proclamen el fin de la recesión. A falta de reformas financieras, el poco rigor de las políticas monetarias y fiscales ha creado nuevas burbujas financieras, mientras que la economía real se resiente de la escasez de dinero. Como estallen estas burbujas, la economía mundial podría caer en otra recesión (*double dip*), y aunque vivamos una recuperación sostenida, los efectos de la crisis se harán sentir durante años. Los sectores empresarial y doméstico, sin ir más lejos, podrían tardar varios en recomponer sus balances. Los enormes déficits presupuestarios creados por la crisis obligarán a los gobiernos a reducir considerablemente la inversión pública y los servicios sociales, lo cual incidirá negativamente (es posible que durante décadas) en el crecimiento económico, la pobreza y la estabilidad social. Algunos de los que han perdido casas y trabajos quizá no se reintegren nunca más a la economía formal. Así de terrorífico es el panorama.

En última instancia, la catástrofe es fruto de la ideología

de libre mercado que gobierna al mundo desde los años ochenta. Nos habían contado que, si no se tocaban los mercados, producirían por sí solos el más eficaz y justo de los resultados: eficaz porque quienes mejor saben usar los recursos de los que disponen son los individuos, y justo porque los procesos competitivos del mercado garantizan que dichos individuos reciban una remuneración acorde con su productividad. Nos habían contado que era necesario dar la máxima libertad a las empresas, que al estar más cerca del mercado saben lo que les conviene. Si las dejamos a su aire, se maximizará la creación de riqueza, de lo cual también saldrá beneficiado el resto de la sociedad. Nos habían contado que la intervención del gobierno en los mercados solo servía para reducir su eficacia. En muchos casos, esa intervención está pensada para poner coto a la creación de riqueza por motivos erróneos de igualdad; e incluso cuando no es así, ningún gobierno puede mejorar los resultados del mercado, porque carece de los datos y los incentivos necesarios para tomar buenas decisiones empresariales. Nos habían dicho, en resumidas cuentas, que depositáramos en el mercado toda nuestra confianza y no lo estorbásemos.

Siguiendo este consejo, la mayoría de los países llevan tres décadas poniendo en práctica políticas de libre mercado: privatización de entidades financieras e industriales de titularidad pública, liberalización del comercio y de las inversiones internacionales, y reducción de los impuestos sobre la renta y de las prestaciones sociales. Los defensores de estas políticas reconocían que podían generar ciertos problemas temporales, como el aumento de la desigualdad, pero estaban convencidos de que a la larga beneficia-